

La reversibilidad narcisista de las pasiones.

Consideraciones sobre el odio y la violencia (síntesis)

Lic. Teresa Zaefferer¹

Para ofuscar las mentes bastan la ira y el odio. No hay aguardiente más fuerte (Claudel, 2007, p. 171)

En enero 2020 un brutal asesinato tomó protagonismo: un grupo de jóvenes atacó y mató a patadas a otro joven a quien esperaban a la salida de un local bailable en Villa Gesell. Este escalofriante acto desató también un exaltado efecto colateral: imágenes sin interrupción del momento de la muerte, personalidades públicas instando al linchamiento de los asesinos como venganza buscando una imposible y fallida reparación. Si bien la temática del superyó y sus desmesuras siempre me ha convocado a escribir, este horrible episodio motivó en parte lo que aquí desarrollo.

Sabemos que el sujeto humano no puede pensarse por fuera de la cultura y del vínculo con el otro. Ese otro es modelo, auxiliar y objeto amoroso pero también odiado. Freud nos anuncia que el hombre no es “manso y amable” (Freud 1930, p.108) sino que está habitado por esa tentadora tendencia a la destrucción. En este sentido, la cultura se construye como modo de regular las inclinaciones agresivas derivadas de la pulsión de muerte, con la finalidad de evitar el dominio del más fuerte, sostenido en esa extraña fascinación de abuso de poder que nos conforma. La justicia y el derecho, en tanto construcciones sociales, a modo de un tercero institucionalizado (por demás siempre fallido) intentan asegurar una equidad que siempre estará amenazada por ese excedente pulsional que busca la descarga inmediata y total. Podríamos preguntarnos por ese anhelo de un absoluto contenido en la frase “está en

¹ Teresaz27@hotmail.com

manos de la justicia”, que encubre un imposible: en algún sentido la justicia siempre será inalcanzable.

El odio lo sabemos constitutivo, la violencia se sostiene en un discurso que promueve la desmesura, que exalta y agita.

¿Cómo dar cuenta del origen del odio que desata la violencia? Podríamos pensar que los mitos, las religiones, las fantasías, los cuentos infantiles, los sueños nos relatan algo propio de esa siniestra tentación humana.... pero lo hacen de un modo velado. Nos identificamos con las penas y tormentos, pudiendo regresar a nuestro infortunio cotidiano, sin que se convierta aquello en una pesadilla (en el mejor de los casos). Pero también nos enfrentamos con los genocidios, las guerras, los asesinatos, y demás atrocidades las que muchas veces se nos imponen sin velo y nos horrorizan y otras promueven esa extraña fascinación de necesitar su repetición sin interrupción. Intentaremos pensar un recorrido que nos permita articular una trama lógica, que de cuenta de esa oscura pasión del odio que desencadena la violencia sostenida en el desconocimiento de ese otro, como semejante.

En los orígenes, la mitología.

Los orígenes de los pueblos y los orígenes del psiquismo podrían estar atravesados por alguna ficción que sostiene la ilusión de un “paraíso feliz”, sin tensiones, del que luego vino el desencanto, el conflicto y por ende el odio. Freud en “Sinopsis de las neurosis de transferencia” cita a Wittels quien al dar cuenta del origen de la *existencia animal humana primitiva* (p.77) la describe en un medio inmensamente rico y próspero; el que quedó abolido luego de las glaciaciones. Con estas llegó la escasez de alimento generando así el estímulo para el desarrollo cultural, el que trajo consigo la angustia del hombre frente a un mundo externo amenazante y la atribución de poder a un padre único y absoluto. La ilusión de felicidad plena se convierte en una ficción plana, sin profundidad. Sentimiento oceánico (Freud, 1927, p.16)) que se cree reencontrar en episodios fugaces tales como los fenómenos de masa, la hipnosis, el enamoramiento.

Entre el exabrupto fraterno y paterno

En los orígenes nos encontramos a aquel mítico padre totémico sobre el que se proyectaba también el poder, dueño de las mujeres y del goce absoluto. Esta figura temida y fascinante era asimismo el agente de la prohibición. Cierta día los hermanos se juntaron y se organizaron para asesinarlo. El parricidio, pasó a formar parte de nuestra herencia ancestral. Asesinato que dio lugar a la fiesta totémica (banquete de devoración del cadáver del padre) como así también al arrepentimiento.

La pasión del odio en la historia de la humanidad surge primeramente con Caín, quien en su sometimiento al padre-Jehová construye como su enemigo justamente a su propio hermano. Se desencadena así la rivalidad asesina como una casi ofrenda al padre. Caín da muerte a Abel preso de la furia por no haber sido el elegido por ese padre arbitrario quien no sería ajeno al desencadenamiento del ensañamiento fratricida. La muerte deja de ser una amenaza lejana, la muerte es real y se infringe sobre el más cercano, el propio hermano. Caín echado de su tierra es condenado a la errancia y a la extranjería, a la tierra de Nod, palabra hebrea que alude al nomadismo, pasando a representar el arquetipo rechazado del asesinato y de la ruptura de lo fraterno y Abel a la víctima

La ilusión del origen del psiquismo

Los humanos necesitamos creer, en parte, en la ilusión de la existencia de un único objeto propiciatorio de una absoluta y auténtica satisfacción, sentando así las bases de esa captura especular narcisista del enamoramiento y la fascinación por el líder. A modo de una pretendida y fallida identidad de percepción. La vulnerabilidad que reactualiza el desamparo inicial deja al sujeto atrapado en un ideal hipnótico que promete salva vida y protección a cambio de sometimiento.

La búsqueda de ese padre todopoderoso que rescate del desamparo se sostiene a costa de quedar infantilizado. Ofreciendo una tramposa ilusión de unidad, de un yo sin fisura narcisista, y sobre todo la creencia en una única realidad, la propia (generalmente como un impuesto a pagar para ser incluido o mejor para evitar la exclusión) Nos encontramos entonces con otra ilusión: considerar al superyó una figura protectora y benéfica. Ilusión propia de lo humano que lo deja inmerso en su propia sensación de insignificancia y dependencia. El ideal narcisista nos somete a la voluntad de un amo, la realidad se aplana ya que solo hay un discurso imperante que avala y promueve el desenfreno y la descarga.

Lo pulsional y su reversibilidad. La mitología psicoanalítica

Freud construye una ficción, un modelo de cómo se va “armando” la realidad la que en definitiva siempre será la “psíquica”, pues es sobre ésta que el psicoanálisis puede intervenir *En el mundo de la neurosis la realidad psíquica es la decisiva*” (Freud 1917, p. 336).

En “Pulsiones y destinos” (1915) describe tres modos de funcionamiento del aparato como intento de dominar la excitación, fundamentalmente la insistencia pulsional y el temor al arrasamiento traumático, tratando de construir un criterio de realidad. Entendemos que no son momentos evolutivos ni pasos que se van superando, sino que representan estrategias defensivas, a las que siempre se puede recurrir frente a lo intolerable.

El yo de realidad definitivo es aquel que puede distinguir lo externo de lo interno en un criterio de supuesta adecuación a la realidad, criterio que resultará incierto, variable y móvil para nuestra realidad psíquica, el encuentro con el objeto será siempre un reencuentro movido por los vaivenes pulsionales, generando el reconocimiento de lo idéntico y el rechazo de lo diferente (Zaefferer,2019).

La realidad psíquica se manejará entonces con negaciones, desmentidas, proyecciones, represiones y otros mecanismos para eludir lo insoportable. La realidad en este sentido siempre tendrá algo de encubridora.

La introducción del concepto de narcisismo resulta el gran pivote que marca el cambio de la primera a la segunda tópica. Freud apela al narcisismo para dar cuenta de la retracción libidinal y del laberíntico camino al reconocimiento del objeto como diferente. El narcisismo representa ese estadio en el cual el yo, desinteresado por el objeto, se satisface a si mismo en un estado en el que *El mundo externo no reviste interés* (Freud, 1915, p.130) o bien ofreciéndose al ello para ser amado en lugar del objeto en versión de la segunda tópica (Freud, 1923). Modos de funcionamiento que evidencian el rechazo del objeto.

El narcisismo permitirá explicar la reversibilidad especular que se establece entre yo, objeto e ideal. Siendo que en el enamoramiento, la hipnosis, el fenómeno de masa el ideal coincide con el objeto quedando empobrecido el yo, y en la exaltación maniaca el yo se engrandece confundido con el ideal. Ficciones todas sostenidas en la fragilidad y reversibilidad propia del narcisismo

El narcisismo de la metapsicología del 1915 va derivando, luego del cambio de la doctrina pulsional y la conceptualización de la pulsión de muerte en esta nueva instancia psíquica: el superyó, corruptor y obsceno que ordena el sometimiento disfrazado de triunfo sosteniendo un padecimiento sin fin (propio de la reacción terapéutica negativa). Su ferocidad deriva de su anclaje en el ello. De allí es que podemos entender cómo el ensañamiento con el objeto replica ese ensañamiento gozoso que el superyó propina a un yo servil y masoquista (Freud, 1917).

El desborde, la compulsión a la repetición, el masoquismo, el vaciamiento de la capacidad de pensar y elegir evidencian la ferocidad superyoica. Nos encontramos aquí con la ferocidad de lo pulsional del ello, escenificada en esa versión del padre de la prehistoria filogenética totémico y gozador. Ese padre abusivo y tentador a la vez, se implanta en la figura despiadada del superyó que impone el desborde arrasador propiciando rivalidades fratricidas, satisfacciones pregenitales o la desmesura de lo incestuoso sin tope bajo la apariencia de una exigencia cultural.²

² Melanie Klein, sostiene que el odio se sedimenta en la fijación al ello y al sadismo del superyó.

¿De donde salieron los niños?

[...] *la muchedumbre en sí es un monstruo... no hay muchedumbre feliz. Detrás de las sonrisas, las risas, las músicas y los eslóganes hay sangre que se calienta, sangre que se agita, sangre que gira y enloquece al verse revuelta y removida en su propio torbellino*
(Claudel, 2007, p. 156)

En “Republica Luminosa” lo siniestro asoma disfrazado, embellecido por la pluma de un gran y joven escritor español, Andres Barba, quien en esta historia nos interpela desnudando que lo tanático y el desborde pulsional que consideramos ajenos, también nos pertenecen. Eso propio insoportable lo segregamos, rechazamos y atacamos en ese otro en tanto lo consideramos representante de un goce absoluto.

¿De dónde salieron los niños?, se preguntaban los habitantes de San Cristóbal. En este caso se relata a modo de crónica lo sucedido en esa imaginada localidad tropical, inspirada en alguna población de Misiones: calor, selva, clima árido que impulsa a la siesta, el agobio, con esa sensación que algo puede desatarse en cualquier momento. El narrador es un funcionario no oriundo de la ciudad, quien fuera testigo y partícipe de todo lo ocurrido durante ese año y medio en que se sucedieron los hechos que culminaron con la muerte “los 32” niños entre 9 y 13 años.

Maravilloso e inquietante relato que Andres Barba nos presenta en este libro. Se anima a traer de la mano de niños lo repudiado, lo rechazado, la barbarie, lo oscuro. Púberes entre 9 y 13 años, en esa etapa intermedia (adolescentes/niños, adentro/afuera), son lo extraño, lo ajeno, lo enigmático y también lo fascinante. Vivían bajo tierra, allí donde se esconde lo más sombrío de uno mismo: la pulsionalidad presta al desborde ¿el ello, el goce del superyó? Bordeando los límites de lo casi políticamente incorrecto Barba nos adentra en la masa asustada, en pánico frente a la irrupción de eso ajeno y parte de sí mismo.

El orden social hasta entonces imperante y apaciguador igual para todos se resquebraja, reactualizándose en cada uno y en todos la figura del padre de la horda soberano y cruel que violando las reglas hasta entonces vigentes promete restablecer el “orden total” y absoluto; todos necesitan creer que eso es posible detrás de un discurso engañoso que sostiene un nuevo ideal que avala el tormento y el homicidio. Bajo el dominio de un ideal enloquecedor parece no haber escapatoria.

De la “barbarie” al encuentro

Un día, de repente, dejan de sernos simpáticos. La suciedad, el mal olor, el ruido de sus peleas y sus toses es demasiado para nosotros...Empieza a correr el rumor de que están enfermos, que traerán una epidemia al pueblo. (Coetzee, 2013, p.35)

¿Quiénes son los “barbaros”? Los que no hablan la misma lengua, no comparten los hábitos de limpieza por lo cual están “sucios y mal olientes” los nómades que viven del pastoreo y habitan en tiendas, los que pueden traer la “peste”, el contagio. Se habilita así la siniestra fascinación que produce la agresión y la aniquilación del otro. Desconociendo que en ese movimiento también se aniquila a sí mismo.

La temida y tentadora “invasión bárbara” promueve la construcción de ciudades amuralladas y vigilantes, a la espera de ese salvaje que viene a despojar de lo propio. Construcción necesaria de un enemigo para sostener la dependencia infantil en la necesidad de un protector lo suficientemente poderoso que domine, Ilusión de una “vigilancia total” en palabras de Byung chul Han, (2013,pag. 90) Representante del poder narcotizante del superyó que impone la sumisión a un ideal frente a un yo servil al que le exige el abandono de los objetos. Por lo tanto el superyó comanda sigilosamente desde cierta posición vigilante, la que no se reconoce como propia sino que es sentida como ajena. Impone de manera voraz el cumplimiento de un inalcanzable ideal narcisista: la buena imagen del considerado igual. La renuncia a la propia autonomía se convierte en ofrenda para ser amado por el líder, el fenómeno de masa asoma.

Freud (1921) describe que una masa excitada por estímulos desmedidos no abriga dudas sobre la verdad y la falsedad, es intolerante, obediente, conservadora, venera la tradición y la consagración al ideal (p.75). Predomina el influjo sugestivo, ilusorio de contagio.

En esa sujeción nos encontramos con la ficción narcisista de ser amado por el ideal que deja al sujeto humano en ese empobrecido territorio que puede oscilar entre la paranoia (como ruptura de alianza fraterna expulsando al diferente y destrozando las sublimaciones sociales), la melancolía eterna (en su auto reproche martirizador por el asesinato del Dios padre) y la peligrosa embriaguez maníaca del triunfo (Freud, 1915b). La consolidación del ideal narcisista se muestra con creces en la crueldad del perseguidor: externo en un caso e interno en el otro. El engrandecimiento del yo en la paranoia (en su delirio megalómano) o su vaciamiento en la melancolía representan modelos a partir de los cuales pretende Freud estudiar al yo y su relación narcisista con ese "único" objeto que vira de anhelado a perseguidor con la misma intensidad voraz.

Como psicoanalistas estamos convocados a generar la pausa, el compás de espera que nos permita intentar articular nuestra metapsicología con los avatares sociales y de nuestra clínica.

Es por ello que: la urgencia de satisfacción y el arrasamiento pulsional apremian. ¿Cómo responder a las manifestaciones adictivas, compulsivas, violentas puestas en acto? ¿Cómo dar cuenta de la hipnótica captura que produce la repetición, en las pantallas, sin freno, en tiempo real, de la violencia? ¿Que tentación oscura nos comanda? ¿Cómo frenar el impulso vengativo y justiciero a veces promovido por lo mediático?

Actings, adicciones, urgencias en la satisfacción, apatías, violencias desatadas que ya ni siquiera sorprenden y demás modos generadores de sujetos aislados (melancolizados) y agresivos (perseguidores) se conforman en versiones de una pretendida identidad de precepción que se sostiene en la ilusión de convertir a un objeto en único e irreductible esquivando el sinuoso

camino de lo incierto (Zaefferer, 2018). Un mensaje no respondido en el tiempo esperado, la abrumadora cantidad de denuncias que se exponen públicamente aún sabiendo que la intimidad preserva al delimitar la distancia, la descalificación del pensamiento diferente, los ataques a la capacidad de pensar representan modos exaltados y encubridores del padecimiento. El exceso se impone. Ese otro apaciguador, genuino protector desfallece generando la reactualización del temido desamparo.

Como en todo proceso narcisista su contrapartida es el empobrecimiento psíquico, el sometimiento genera sesgos, mutila el pensamiento autónomo dando lugar a la ilusoria ficción de pertenencia a una cierta comunidad de iguales. Así se aferra y consolida la propia creencia; lo idéntico se idealiza y lo diferente se excluye. Pretendiendo una mentirosa calma en la inquietante tranquilidad de lo idéntico

El sufrimiento y la agresión se visten de época, los arrebatos pulsionales sostienen fanatismos y fundamentalismos: impulsados por las furias enceguecidas de la Erinias se justifican abusos “en defensa propia” o se convocan a líderes que se proclaman autoritariamente en ese padre absoluto abonando los fenómenos de masa muchas veces peligrosos.